

## CAPITULO III

### CONSTANTINO

Vencedor de Licinio, se encontraba Constantino señor del mundo y podía ejecutar los proyectos meditados hacía mucho tiempo. Una política nueva había restablecido el orden en el imperio, y debía darle una nueva capital de consiguiente (1).

(1) De aquí en adelante toma la historia diverso colorido, á medida que la escriben autores idólatras ó cristianos. Zósimo, siempre hostil á los cristianos, bosqueja á semejanza de Polibio la decadencia del imperio. Los cinco libros suyos que nos quedan, comprenden hasta el año 410.

De los treinta libros de Amiano Marcelino, se han perdido trece; los otros abarcan desde 354 hasta 378. Este autor es prolijo, pero instructivo y de bastante imparcialidad.

Independientemente de los compendiadores ya citados, los que han escrito además sobre la historia general, son los siguientes:

PAULO OROSIO, *Historiarum* lib. VII y ZONARA, *Anales*. *Panegyricæ orationes veterum oratorum: notis ac numismatibus illustravit, et italicam interpretationem adjecit.*

LAURENTIUS PATAROL. Venecia, 1708. Son los panegíricos dedicados á los emperadores desde Diocleciano hasta Teodosio, de donde se pueden sacar, aunque con extremada reserva, algunas noticias ó más bien algunas conjeturas.

Son de inmensa utilidad los códigos de Teodosio y de Justiniano con sus comentadores.

Sirven para esclarecer la historia política los diez libros de la *historia eclesiástica* de Eusebio, los cinco libros de la *vida de Constantino*, así como los de sus continuadores Sócrates, Teodoreto, Sozomenes, Evagrio aunque parciales respecto de los emperadores cristianos. Otro tanto se puede decir de la vida de los santos.

Entre los modernos, además de Gibbón y de las historias universales, véanse:

LE BEAU.—*Historia del Bajo Imperio desde Constantino el Grande*, continuada por AMEILHON, y enriquecida por SAINT-MARTIN con notas sacadas de los historiadores orientales. París, 1824; 20 tomos, de los cuales los siete primeros se refieren á este tiempo.

Los emperadores, creación del pueblo, encontraban en Roma muchísimas personas habituadas al mando á cansa del derecho que habían ejercido sobre la familia y sobre los esclavos, por lo cual conocieron la necesidad de humillarlas y para ello hacerse amigos del pueblo bajo. De aquí el exterminio de las casas senatoriales, que no provenían de la sed de sangre sino de la envidia que causaban sus riquezas y de la necesidad de restaurar el erario con sus cuantiosas fortunas. Bajo Galieno solo existía la Calurnia de las antiguas familias. Se introducía gente nueva de reemplazo, ampliando el derecho de ciudadanía; entre los eunucos y libertos se escogían los confidentes y los ministros; se promulgaron buenas leyes á favor de los esclavos, que elevados de improviso al mando se hacían orgullosos é ineptos, soberbios y avaros. De este modo quedaba destruída la antigua raza conquistadora.

Roma hacía entonces memoria de su antigua grandeza; pero ¡cuán humillada debía sentirse al

CORENTIN ROYON.—*Historia del bajo Imperio desde Constantino hasta la toma de Constantinopla en 1453*. París, 1803, 4 tomos. Utilísimo compendio.

El padre P. BERNARDO DE VARENNE.—*Historia de Constantino el Grande*. París, 1778; y el abate FR. GUSTA.—*Vida de Constantino el Grande*. Fuligno, 1786. Son más bien panegíricos que historias.

G. F. MANSO.—*Vida de Constantino*. Breslau, 1817 (alemán). Obra mejor que las anteriores.

Los estudios modernos de Madvig, Becker, Mommsen, Bethmann-Hollweg, Rubino, Marquardt, Lange, Rudolf... pueden verse reasumidos en la obra de J. B. MISPOULET.—*Las instituciones políticas de los romanos, ó exposición histórica de las reglas de la constitución y de la administración romanas desde la fundación de roma hasta el reinado de Constantino*. París, 1882-83, 2 tomos.

ver como se imponían emperadores extranjeros á sus recuerdos gloriosos; al ver enseguida á Diocleciano trasladar á otra parte la verdadera sede de la autoridad, y por último á sus sucesores permanecer lejos de ella años enteros y aún toda la vida! Mientras residieron en Roma los emperadores, se mecía el pueblo con aquella sombra de autoridad, que se lisonjeaba de reconquistar cuando les veía mendigar su favor con afabilidad, con liberalidades y juegos; ó cuando bajo los balcones del palacio, ó en el recinto del teatro aprobada con sus aplausos, ora una acción, ora una ley, ó protestaba contra ellos á silbidos.

Ya habían cambiado los tiempos. Diocleciano había convertido en una corte oriental la corte de Augusto, tan frugal antiguamente; había depuesto la toga, que disimulaba aún la tiranía, poniendo entre los súbditos y el príncipe el abismo abierto entre ellos en Asia por el hábito de la servidumbre. No se trataba, pues, de grangearse la voluntad de la multitud, de venerar al Senado, de respetar los usos nacionales, sino de deslumbrar con el fausto, y de intimidar con la fuerza.

Acostumbradas á servir las provincias, se doblegaron á la nueva política fácilmente. Pero á cualquier lado que volviera los ojos el romano, hallaba recuerdos de otra especie sobre el Aventino, en el Foro, en el Capitolio; la sangre de Virginia, la sombra de los Gracos, la figura austera de Catón, el puñal de Bruto; interín residía un emperador en la ciudad eterna estaba obligado á usar, respecto de la majestad del senado y de la familiaridad del pueblo, miramientos que, no hallándose en relación con las nuevas instituciones, repugnaban á príncipes acostumbrados á la docil obediencia de las legiones y de las provincias.

Por otra parte quería Constantino apoyar su nueva política en una religión nueva. Roma podía considerarse entonces como metrópoli del politeísmo, no porque tuviera este un centro, una unidad para las antiguas creencias, sino porque á contar desde su fundador, había acogido una serie de tradiciones paganas, á que se enlazaban tanto sus victorias como el orgullo de sus venturosos días; hubiérase dicho que el Júpiter Capitolino amenazaba desde lo alto de su incontrastable roca á todo el que osara violar sus altares, aunque estuviese dispuesto á dividir los honores con cualquier Dios nuevo ó renovado. Allí habían llevado sus supersticiones los diversos aventureros de todos los países del mundo. Era como un campo de espinos en que la planta nueva no podía desarrollarse con holgura.

Además todo acto público debía ser consagrado con ceremonias religiosas en virtud del origen sacerdotal del gobierno patricio; se preludiaban las asambleas con sacrificios; alzabase en el Senado la estatua de la Victoria; las solemnidades llamaban al emperador unas veces al circo, otras á los templos, y proponiéndose Constantino, ora por cálculo, ora por convencimiento, establecer la nueva creencia, experimentó hacia aquellos profanos usos una

repugnancia, que no trató de encubrir con las artes del disimulo. Viéronle el pueblo y los patricios con no menos despecho que escándalo, menospreciar lo que tenían por sagrado y querido; pero lejos de cobrar susto por ello, resolvió apartarse de aquella raza cuyas orgullosas pretensiones igualaban á su vileza, y trasladar la sede del imperio á un punto donde no hubiera que arrostrar recuerdos, que cumplir ritos, ni que venerar sepulcros.

Fundación de Constantinopla.—Convenía escoger aquel lugar de manera que á la salubridad se juntara la facilidad de las comunicaciones y la belleza del sitio, y en que el jefe del imperio pudiera observar de una mirada tanto las hordas del Norte que hacían continuas irrupciones, como el amenazante poder de los persas. Dicese que Augusto había pensado en trasladar la sede del imperio, de que era fundador, al punto desde donde Troya había dominado en un tiempo la embocadura del Helesponto. Con la misma idea había empezado Constantino á mandar levantar murallas en la playa que desde la vertiente del Ida descendiendo al promontorio Reteo. Pero conoció enseguida que Bizancio estaba en una situación más favorable para el comercio y para la defensa del imperio. No se podría hallar en el mundo una ciudad mejor situada que Bizancio para ser capital de un gran imperio. Colocada en los confines del Asia y de la Europa, una débil colonia griega había podido convertirse allí en una república independiente, de las más prósperas, y dominar el mar Egeo y el Euxino. Prescindiendo de su admirable distribución sobre siete colinas, era fácil defenderla en el estrecho istmo que la une al continente: además, por el lado del mar podía poner freno á las piraterías de los godos y de los sármatas en el Euxino, á la par que parecía extender sus dos brazos para recibir las riquezas del Oriente y del Occidente.

La nueva ciudad que tomó de él su nombre (2), ocupa un promontorio triangular cuya base se apoya en el continente europeo, y cuya cumbre se adelanta hacia el Asia, que apenas dista de allí quinientos pasos. La costa meridional da frente á la Propóntide ó mar de Mármara; se abre en la costa septentrional el puerto, que por su figura y

(2) El nombre primitivo de esta población tracia fue *Ligos*, tomó como colonia griega el de *Bizancio*; convertido en capital del imperio se llamó *Nea-Roma*, y por adulación *ciudad de Constantino*; *Κωνσταντινου πόλις*. Los paisanos que se dirigían á ella desde sus alrededores, decían en el dórico vulgar: «Vamos, ἐς τὴν πόλιν (á la ciudad);» de donde los turcos, cuando la asediaron, tomaron ocasión para llamarla *Isambul*, nombre que se conservó en su idioma, y que los sabios cambian por medio de una ligera alteración en *Islam-bul*, ciudad de la fe. Se la denomina *Zaregorod*, en los antiguos anales rusos; *Zaregard*, esto es, ciudad real por los valacos y por los búlgaros. Los escandinavos del décimo siglo la conocieron con el nombre de *Miklagard*, la gran ciudad.

las riquezas que allí afluyen se ha dominado el Cuerno de Oro. El Lico, que renueva sus aguas, impide que se amontone allí el fango; y las mareas, que se sienten muy poco en aquellas playas, nunca oponen obstáculo á la entrada de buques ni aún á los de más alto bordo, que pueden abrigarse allí en número de mil doscientos, y echar el ancla en ciertos puntos á lo largo de las casas. En tiempo de las cruzadas cerraba una cadena de hierro el puerto, cuya entrada no tiene más de doscientos cincuenta metros. La cúspide del triángulo rompe las olas del Bósforo, canal tortuoso que junta el Euxino á la Propóntide, y cuya longitud es de dieciséis millas por una y media de anchura. En su parte angosta y enfrente de Bizancio se alza la pequeña ciudad de Crisópolis (*Scutari*); y luego cuando empieza á ensancharse hacia la Propóntide, Calcedonia, colonia griega. Cuando se ha atravesado por espacio de veinte millas la Propóntide, desde donde se descubre por encima de un golfo, Nicomedia, residencia de Diocleciano, y en una península á Cízico, famosa por su comercio, se llega al Helesponto, que un amante ó un poeta pueden cruzar á nado para pasar de Asia á Europa, y sobre el cual echó Jerges un puente para el innumerable ejército que conducía á su ruina. En aquellos lugares el mar, la costa, la atmósfera, todo parece hermoear á porfía la más magnífica morada del hombre.

Constantino, no pudiendo rodear á una ciudad nueva de la aureola divina con que otras ensalzaron su origen, hizo correr la voz de que en sueños se le había ordenado que transformase la decrepita matrona en una joven de florida belleza (329). Y después cuando con ritos romanos trazaba el circuito, señalando el terreno con el hierro de su lanza, habiéndole observado uno la inmensidad que le daba, contestó: «Proseguiré hasta que se detenga el que invisible camina delante de mí.» (3)

Constantino destinó 60,000 libras de oro (4) á la construcción de los muros, de los pórticos y de los acueductos. Al paso que la mayor parte de las ciudades construidas al acaso y según el capricho de los particulares en el curso de muchos siglos, no ofrecen más que irregularidad y deformes contrastes, esa fué trazada con arreglo a un plano único, bajo la inspiración de un solo pensamiento, y para ejecutarlo se asociaron las artes de Grecia al poder de Roma. Las selvas del Ponto y los blancos mármoles de Proconeso suministraron inagotables materiales: calles, palacios, basílicas, iglesias, todo fué delineado y llevado á feliz remate en una escala proporcionada á la grandeza de la metrópoli. En breve formaron una especie de jardín continuo los alrededores ornados de habitaciones opulentas. Solamente la impaciencia del

emperador, que apresuraba demasiado los trabajos, hizo que se sacrificara amenudo la solidez á una ejecución pronta.

Como no podía crear artistas para embellecerla, renovó las injusticias de la antigua Roma, haciendo trasladar allí lo más perfecto que poseía el imperio. Grecia, Asia, Italia hubieron de ceder á Bizancio las estatuas de los dioses y de los héroes, los bajo relieves y los obeliscos. El Apolo pitio y esminto, los tripodes fatídicos de Delfos, las musas del Helicón, Rea, la gran diosa, que los argonautas habían colocado en la cumbre del monte Dídimos, fueron á decorar el foro, el palacio; el hipódromo, destinado á las carreras de los carros y á las luchas de los atletas, que continuaron verificándose allí por los bárbaros conquistadores hasta que fué quemado en 1808 por los genzaros, que más tarde debían ser degollados á millares en aquel mismo sitio, principio de la reforma ó de la última ruina del imperio otomano.

Aunque Constantino no hubiera trasladado á Bizancio todas las obras maestras y objetos preciosos que poseían Roma é Italia, aquella ciudad, que había convertido en sede del imperio, hubo de atraer á su recinto á los magistrados, á los cortesanos, y á la multitud que aspiraba á vivir de libertades ó á enriquecerse con la lisonja, y también á aquellos que apetecían ostentar su opulencia ó ejercer los artes de lujo. Constantino consagró la iglesia principal á la Sabiduría eterna (Santa Sofía), y mandó preparar su sepultura en la de los Apóstoles. Entorno se levantaron muy pronto ocho baños públicos y ciento cincuentos baños particulares, cincuentos pórticos acompañados de áticos y de jardines, dos teatros, cuatro basílicas para las asambleas, catorce templos, otros tantos palacios, cuatro mil trescientos ochentiocho casas, sin contar las cabañas plebeyas (5). En menos de un siglo se habían amontonado las habitaciones en aquel vasto recinto, y se hubiera podido construir una nueva ciudad con las que se habían levantado extramuros. Constantino hizo donación de los palacios á sus favoritos, agregando á esto, ricos dominios en el Ponto y en Asia.

A pesar de todo Roma no perdió la supremacía; el mismo título con que se envanecía Constantinopla era el de colonia, de hija primogénita y querida de Roma. Fué otorgado el derecho itálico á sus ciudadanos, y el nombre de Senado á su consejo público, é hizo al pueblo distribución de granos.

(5) Estos detalles están extractados de la *Noticia* compuesta un siglo después. Roma tenía 1,780 casas grandes; Constantinopla contaba 88,185, de las cuales 18,000 fueron presa de las llamas en 1831. Las murallas con que la rodeó el cónsul Ciro Constantino, por orden de Teodosio I, abarcaban casi el mismo espacio que las del día; pues Calcóndilas les da 111 estadios; Gilles 13 millas italianas; y los autores modernos 9,800 toesas. Véase HAMMER.—*Constantinopolis und der Bosphorus*. Viena, 1821.

(3) FILOSTORGIO, II, 9.

(4) CODINO, *Antiq. cost.* pág. 11.

Todos los años el día de su dedicación (30 mayo) se paseaba allí un carro triunfal con la efigie de Constantino, de madera dorada; se había colocado el genio de aquel punto en su mano derecha; en rededor iban guardias de toda gala llevando antorchas encendidas; y cuando había llegado la estatua delante del emperador reinante, éste debía ponerse en pie para tributar homenaje al nuevo Rómulo.

Constantinopla no se había visto obligada como Roma á conquistar la grandeza luchando contra obstáculos y peligros, desplegando en tanto grado aquellas severas cualidades, que pueden por algún tiempo, ocupar el puesto de las virtudes verdaderas. Habíala inundado de repente una multitud corrompida, presa de todos los vicios de Roma, henchida de vanos títulos, habituada á adular á los Césares, tanto más servil con ellos mismos, cuanto que había perdido de vista la tierra en que aún vivían las tradiciones de la libertad. Un cielo puro y voluptuoso, la facilidad de recibir del Asia, de la India, y del Egipto, todo aquello que fomenta el lujo y la sensualidad, una continua afluencia de extranjeros por mar y tierra, contruyeron allí á la depravación, y asociándose al genio griego, sutil y querrelloso, convirtiéronla bien pronto en una sentina de vicios y de extravíos funestos.

Cambiando á la vez la política, la religión y la metrópoli del imperio, favoreció y comprometió Constantino tantos intereses, que no es de admirar el que quizá no exista en la historia ningún personaje del que se haya dicho tanto bien y tanto mal. Era de elevada y magestuosa estatura y de graciosos fisonomía. Acostumbrado desde sus primeros años á los ejercicios de fuerza y de agilidad en los campamentos, no se gastó en él el vigor de la juventud con los excesos de la intemperancia y de la disolución. Aunque su educación realizada en medio del estruendo de las armas, le hubiera privado de la cultura literaria, conoció la importancia del saber y lo protegió generosamente. Aun en medio de sus expediciones, y dando audiencia á los embajadores, ocupábase sin cesar en leer, escribir y meditar. Se complacía en hacer justicia en las reclamaciones de los soldados; y trasladábase, en caso de necesidad, de un país á otro.

Eran sus modales afables é insinuantes, y cultivaba con esmero la amistad de aquellos cuyo corazón poseía. Alegre á veces, más de lo que á su dignidad convenía, complacíase en oír las ocurrencias de su bufón Samaco. Su intrepidez en el combate acrecentaba el valor de sus soldados, á quienes conducía á la victoria con la pericia de un gran general. No deben atribuírse solo sus triunfos militares á la fortuna; pues que seguramente su mérito contribuyó en gran parte á ellos; así como su reputación de sabiduría y de moderación, debida sobre todo á la comparación que de él se podía hacer con respecto á sus rivales.

Aquel que cambió la organización y la religión de un país sin dejarse intimidar por las preocupaciones de la educación, por los sofismas y las mur-

muraciones; que resiste á las sugerencias de un partido triunfante, ávido por vengarse de su larga opresión, debe poseer un alma dotada de la mayor energía. Constantino respondía á aquellos que le pedían la condenación de los gentiles ó de los herejes: *La religión quiere que se padezca por ella la muerte, no que se le dé á nadie.*

En tiempo de las escaseces que afligieron á alguna parte del imperio, envió generosamente á los obispos granos, aceite, vino, dinero, vestidos para distribuir entre los menesterosos, especialmente á las viudas y á los huérfanos sin distinción de creencias. Reprimió á los delatores, á quienes llamaba epidemia pública, y castigó severamente sus calumniosas denuncias. Quería seguir las huellas de Marco Aurelio y de su tío Claudio, y decía que, en vista de la fragilidad de los hombres, convenía consultar en el gobierno más bien á la equidad indulgente que á la severa justicia. Como se le diera noticia de que algunos descontentos habían tirado piedras á sus estatuas, llevó la mano á su rostro diciendo: *Pues no siento contusión ninguna.*

Cierta día que escuchaba predicar á un sacerdote, en uno de aquellos panegíricos dictados á los literatos por la cobardía y tolerados por la impudencia de los emperadores, que Constantino, después de haber dominado gloriosamente á los hombres, subiría al cielo para reinar al lado del hijo de Dios, le interrumpió exclamando: *¡Basta de lisonjas importunas; no necesito de tus elogios, sino de tus oraciones!*

En otro de los siete panegíricos recitados á presencia suya, leemos lo siguiente: *Tú has reñinado con la sangre de los francos la pompa de nuestros juegos; tú no has ofrecido el alegre espectáculo de innumerables prisioneros destruidos por las fieras; al espirar aquellos bárbaros tenían más que padecer á consecuencia de los insultos de los vencedores, que con las dentelladas de los devorantes animales y con las angustias de la muerte. Efectivamente, Constantino permitió en los primeros años aquellas sanguinarias diversiones, cuyos hábitos eran tan inveterados entre los romanos; pero ¿cómo tenía el orador tan poco entendimiento que no comprendía la revolución que acababa de consumarse?*

Se necesitaría poderse trasladar á la época de Constantino para pesar con exactitud el mérito ó desmérito que pudo contraer elevando su soberanía sobre las ruinas del gobierno popular, cambiando no solo el espíritu de su generación, sino también el de las generaciones venideras; porque desde este momento empiezan á ser diferentes de las antiguas. Es, sin embargo, de notar que con tanto afán de poder supremo, atribuyó gran parte á la Iglesia, cuya jurisdicción robusteció y ensancho considerablemente.

**Leyes.**—Cuando el paganismo impregnaba la sociedad, no podía promulgar de un golpe leyes que abolieran el pasado, é hiciesen prevalecer lo justo y lo bueno sobre las formalidades legales.

Trató de elevar el hombre material á hombre moral y de abolir el arbitrario derecho civil en provecho del natural. Conforme á las doctrinas religiosas que había abrazado, derogó la ley contra el celibato, eximió al clero de todo servicio público, de todo empleo oneroso, y restringió la facultad del divorcio. Intimó á todas las ciudades de Italia y luego á las de Africa que suministraran socorros á los padres que no se hallaban en disposición de educar á sus hijos, á fin de que no les dieran mala dirección por falta de recursos. Castigó con extremo rigor el rapto; el delincuente debía ser quemado vivo ó descuartizado en el anfiteatro; si la persona robada declaraba haber consentido en aquel hecho, participaba del suplicio; sus padres estaban obligados á acusarla públicamente; los esclavos convictos de complicidad eran quemados ó se les echaba plomo derretido en la garganta. Ningún espacio de tiempo prescribía la acción contra este delito, cuyos efectos recaían sobre la descendencia del culpable. Esta ley, cuyo pensamiento moral iba más allá de la justicia, fué modificada posteriormente.

Con más éxito protegió los intereses de los menores, ciertamente á sugestión de los obispos que se consideraban como tutores natos de aquellos; quiso que los menores tuviesen una hipoteca legal sobre los bienes de sus tutores, garantizándoles los bienes inmuebles. Llevado por sentimientos humanitarios, extendió el derecho de las madres sobre la sucesión de los hijos. Hizo renacer la buena fe, mediante el juramento que debían prestar los testigos antes de declarar (6). Para evitar el espíritu de contienda, enfermedad de aquel tiempo, impuso penas á los que hacían apelaciones temerarias (7). Toda decisión respecto de ellos era susceptible de apelación á los magistrados superiores. En los asuntos civiles fué sometido el soldado á la autoridad ordinaria. En los asuntos criminales todos los súbditos hasta los *muy ilustres*, fueron justiciables por los mismos tribunales. Abolió las fórmulas de los contratos, vestigio del derecho pelásgico, origen de embarazos y enredos. Ordenó que se llevara registro de las condenas, especie de responsabilidad moral impuesta á los jueces. Castigó, ó amenazó á lo menos, la negligencia ó prevaricación en todos los magistrados, dulcificó la detención de los presuntos reos, y quiso que los presos por deudas al fisco tuvieran un aposento ventilado y espacioso; mitigó las penas aflictivas, aboliendo la que había sido tan prodigada como la marca en la frente y el suplicio de la cruz.

Por consideración á la agricultura prohibió á los empleados públicos apoderarse por deudas al fisco de los bueyes, de los esclavos y de los instrumen-

(6) L. 3, Cod. Theod., de fide test.

(7) L. 16, 17, Cod. Theod. TROPLONG.—Influencia del cristianismo sobre el derecho civil. París, 1843.

tos de labranza, como también incluir en la requisición para el servicio de correos los animales destinados á los campos; dispensando también á los cultivadores durante la siembra y la cosecha de todo servicio público, y hasta de la obligación de santificar las fiestas. No supo libertar al comercio de las trabas que le habían reducido á no ser más que un monopolio imperial. Se puede juzgar del estado miserable en que se hallaba considerando que creyó hacer bastante en su favor reduciendo al 12 por 100 el interés del dinero, y á tres fanegas por dos el de las especies. Fomentó las ciencias y las artes: sostuvo públicas bibliotecas. Excede toda creencia el número de iglesias de que la tradición le designa como fundador, y que le hace dotar magníficamente, ornar de vasos preciosos y de mármoles finos. Atendía á estas liberalidades con los bienes que sus predecesores habían confiscado á los mártires, y con aquellos de que despojaba á los templos profanos, ó que arrancaba de la celebración de los juegos del circo y del teatro.

Una vez llegado al colmo del poderío y libre de sus competidores, cesó de disimular sus vicios, ó descuidó la práctica de sus primeras virtudes. El amor de la gloria cedió el puesto á un ambicioso orgullo, y llevando más lejos aun que Diocleciano la pompa asiática, descendió á un afeminado esmero en su persona, que adornaba con fausto y lujo de corte inaudito. No bastando los tesoros acumulados á aquellos gastos, ni á la rival de Roma, agravó con nuevas cargas á sus súbditos, y les entregó á la rapacidad de los agentes del fisco, como debía acontecer en un imperio tan vasto y en una administración tan complicada. Valiente á la cabeza de los ejércitos, permanecía sumido en una ociosidad muelle en medio de su corte, dejándose dirigir por sus ministros, que echaban á perder su talento habituándole á frívolos pormenores. Su temperamento y su educación militar le condujeron á actos de crueldad y de avaricia, de que no siempre le apartaron la reflexión y el cristianismo (8).

(8) Apuntamos aquí juicios que disienten del nuestro; toca decidir á los lectores.

«Dotado de alguna habilidad para la guerra, la empleó en exterminar á sus enemigos particulares, no á los de Roma. No tuvo cualidad ninguna que le hiciera apto para el gobierno. Engañado por ministros y favoritos que abusaban de su debilidad, no veía más que por los ojos de ellos. Una natural inquietud le empujaba á obrar de continuo, aunque las más veces sin provecho. Si pareció ocuparse de grandes designios, los concibió como hombre vano y presuntuoso, y los ejecutó como político mediano. Contribuyó más que otro alguno á acelerar la ruina del imperio.» MABLY.

«Se encuentra en Constantino una mezcla de cualidades que parece que se excluyen unas á otras. Tuvo el alma de un guerrero, amó la pompa y la molición: fué humano en la legislación, bárbaro en la política; perdonó algunas injurias, hizo degollar á sus deudos y amigos, daba por humanidad, y por debilidad permitía las dilapidaciones de las provin-

Familia de Constantino.—Su numerosísima familia ofreció un espectáculo continuo de infortunios y delitos. De sus tres hermanos, Anibaliano vivió obscuro y no dejó hijos: Constancio y Dalmacio se casaron con las hijas de ricos senadores, y entre los hijos del primero se hicieron ilustres posteriormente Gallo y Juliano el Apóstata. Dos hijos del segundo obtuvieron el honorífico, si bien vano título, de césares. Anastasia y Eutropia, las dos hermanas del emperador, se casaron con los senadores consulares Optato y Nepociano; Constancia, viuda de Licinio, velaba por la infancia y por el porvenir del único hijo que le había dejado su esposo.

Crispo.—Constantino tuvo á Crispo de Minervina, mujer obscura, á quien se había unido en sus mocedades; y de Fausta, hija de Maximiano, tres hijas y tres hijos, Constantino, Constancio, Constante. La educación ó la instrucción de Crispo, joven príncipe de grandes esperanzas, fué confiada á Lactancio, uno de los filósofos cristianos más elocuentes. Proclamado César y gobernador de las Galias á los diecisiete años (317), ejerció su valor contra los germanos á quienes repelió denodadamente, luego auxilió poderosamente á su padre en la guerra civil en que se señaló con especialidad forzando el paso del Helesponto, tenazmente defendido por el ejército de Licinio. Sus proezas le ganaron el afecto de la muchedumbre, siempre propicia á los jóvenes príncipes que prometen acrecentar la gloria paterna. Pero Constantino concibió de él recelos, y elevando á Constancio á su lado le envió á gobernar las Galias con el título de César, mientras detenía en los ocios de la corte á Crispo (324), á quien su título de Augusto había hecho esperar tomar parte en el ejercicio de la autoridad suprema. Aquel que en una corte despótica ha perdido una vez el valimiento del soberano, siempre tiene personas que se complacen en venderle, en denigrar sus acciones, en desnaturalizar sus intenciones, en comentar pérfidamente sus discursos, en interpretar sus pensamientos. A sugestión sin duda de hombres de esta especie promulgó Constantino una ley (325), por lo cual ofrecía el incentivo de recompensas y de honores á todo el que le revelara una tentativa para enseñorearse del poder soberano, aún cuando recayera la acusación sobre los más elevados magistrados y sobre sus más íntimos amigos; anunciando que escucharía personalmente y fallaría por sí mismo (9).

Sería difícil asegurar si en esta ley tuvo presente al hijo que le parecía sospechoso. Es lo cierto que le prodigaba y le permitía prodigar los honores y las felicitaciones ordinarias, mientras que los enemigos del joven príncipe tramaban su ruina. Constantino se dirigió desde Nicomedia á Roma (326)

para celebrar el vigésimo año de su reinado, y mientras deslumbran á la muchedumbre espléndidas fiestas, Crispo es preso, juzgado por su mismo padre, y condenado á muerte en Pola. Sufre la misma suerte el hijo de Licinio, vanamente defendido por las lágrimas maternas.

¿Cuál era el crimen de Crispo? el misterio con que fué rodeado el proceso es ya una condena severa de un gobierno en que los más insignes personajes pueden ser sentenciados sin que el juez alegue siquiera un pretexto, ó sin que la historia se atreva á acusarle de injusticia. Dijo más tarde que el príncipe había caído víctima de las intrigas de Fausta, su madrastra, la cual viendo en él un obstáculo al engrandecimiento de sus hijos, le había acusado de atentar contra su castidad. Hubo de conocer en breve el emperador la inocencia de su hijo, y no contento con proclamarla le hizo la reparación posible. Afligida especialmente Elena de una manera profunda de la pérdida de su nieto, hubo de revelar al emperador una intriga de Fausta con un criado de las caballerizas imperiales, y el marido ultrajado hizo ahogar á la emperatriz en un baño. Estos hechos narrados por muchos escritores, no se hallan, sin embargo, apoyados en pruebas suficientes; aún cuando aparece que Constantino sacó partido de ellos para hacer morir á muchos personajes, hasta entre sus amigos.

Príncipes herederos.—Fueron declarados césares los tres hijos de Fausta destinados al trono; se les asoció, aunque se ignore la causa, á sus dos primos, Dalmacio y Anibaliano (10). La educación física é intelectual de los cinco príncipes se confió á los mejores filósofos, á los más hábiles oradores y jurisconsultos, el emperador mismo se encargó de instruirlos en el conocimiento de los hombres y en la ciencia del gobierno. Pero si él se había formado en este arte en la escuela de la adversidad, no acontecía lo mismo á sus alumnos, quienes crecían en medio de las tranquilas vanidades y de las falaces lisonjas de la corte, en que vá cubierto de una máscara todo su rostro; y fueron llamados en breve á ejercer el poder sin que les hubieran hecho dignos de tal distinción su mérito ni sus trabajos.

Dióse al joven Constantino una corte en las Galias; otra á Constancio en Oriente; Constante tuvo la Italia, la Iliria Occidental y el Africa; Dalmacio se situó en la frontera de los godos, desde donde gobernó la Tracia, la Macedonia y la Grecia; Anibaliano administró desde Cesárea el Ponto, la Capadocia y la pequeña Armenia; cada uno de ellos tuvo sus rentas, sus guardias, sus ministros y un poder que fué creciendo con los años y con la experiencia; pero este poder estaba subordinado siempre al de Constantino, quien se reservó el título de Augusto.

(10) Fue el primero y el único príncipe romano que llevó el título de *rex*; se inventó para el otro el de *nobilissimus*.

cias. Unos días fué Antonino, otros Nerón. Parece como si su grandeza se derivara de la prosperidad, sus crímenes de las pasiones, sus leyes del cristianismo.» THOMAS.

(9) Cod. Theod., lib. IX, tit. 4.

En el curso de los catorce últimos años de su reinado mereció Constantino el título de *fundador de la tranquilidad pública* (11), que le fué conferido por un decreto. Con efecto, apenas alteró el sosiego una sedición excitada en la isla de Chipre por un conductor de camellos, llamado Calocero, y por la intervención del emperador en la guerra de los sármatas y de los godos.

Expulsados por éstos los vándalos se habían unido á los primeros, á quienes dieron un rey de la raza de los Hastings, antiguamente establecida en las costas del mar del Norte. Agregábase el deseo de la venganza á tantos otros motivos de enemistad entre pueblos de carácter fiero é igualmente avarientos de predominio. Ya habían llegado muchas veces á las manos los vándalos y los godos junto al Tibisco (331), cuando los primeros demandaron socorro al emperador romano. Como quería en todo humillar el poder creciente de los segundos, acogió de buen grado la demanda que se le dirigía; pero de repente pasó el Danubio é invadió la Mesia Ararico, rey de los godos; y Constantino, envejecido en medio de las victorias, vió á sus legiones emprender la retirada delante de los bárbaros con ignominia. Sin embargo la disciplina acabó por recuperar la ventaja, y el enemigo vencido fué rechazado hasta más allá del Danubio (332).

Constantino fué auxiliado en esta guerra por los habitantes del Quersoneso Táurico (*la Crimea*), quienes conservando memoria del daño que les habían hecho los godos, en el siglo precedente, se unieron á los romanos, á quienes les enlazaban además su origen griego y el comercio de sal, de cera y de cueros que hacían con ellos, en cambio de granos y de manufacturas del Asia. Estos esfuerzos combinados repelieron á los godos á las montañas, donde se dice que murieron cien mil por efecto del frío y del hambre. Reducidos entonces á implorar la paz dieron en rehenes el hijo de Ararico á Constantino, quien se mostró generoso respecto de sus jefes. Lo fué todavía más con los del Quersoneso, cuyos magistrados recibieron de él magníficas insignias, á la par que otorgó á sus buques la exención de todo derecho en el mar Negro, y les prometió subsidios en hierro, en aceite y en trigo.

Constantino no se mostró avaro más que con los sármatas, cual si hubiera hecho bastante con libertarles de un enemigo peligroso; y retuvo para los gastos de la guerra parte de las liberalidades con

(11) *Fundador pacis*, se titula en una medalla, según MIONNET.

que solía gratificar comunmente sus servicios. Irritáronse de consiguiente é hicieron incursiones en el territorio del imperio. Pero Constantino rehusó á su vez socorrerles cuando fueron atacados por Geberico, nuevo rey de los godos. El rey vándalo Visumar pereció en una batalla (334), oponiendo una denodada resistencia á un enemigo valeroso; entonces los suyos armaron á los esclavos, hombres endurecidos en las fatigas de la caza y en la guarda de los rebaños, y rechazaron la invasión con esta medida. Pero aquellos esclavos, á quienes se habían puesto las armas en la mano y cuyo corazón nutría la sed de venganza, usurparon ó más bien reivindicaron como propiedad suya el país donde probablemente habían nacido sus padres, y se hicieron dueños de él con el nombre de limigantios. Hubieron, pues, de retirarse los vándalos y los sármatas; parte de ellos se sometieron á los godos, parte fueron á pedir á los cuados porciones de terreno inculdo más allá de los montes Carpáticos; en su mayor número imploraron un asilo en el imperio, donde trescientos mil fueron distribuidos en colonias en la Panonia, en la Tracia y en Italia. Los persas, que habían violado la paz, talando la Mesopotamia, fueron en breve reducidos á negociar de nuevo.

**Muerte de Constantino.**—Constantino era, pues, temido por los bárbaros vecinos, y respetado por los lejanos, que le enviaban embajadores, unos desde las riberas del Océano oriental, otros desde las fuentes del Nilo. Habían transcurrido diez meses desde la celebración del trigésimo año de su reinado, cuando cayó enfermo en Nicomedia. Conociendo su fin cercano, pidió la imposición de las manos y el bautismo, que no había recibido hasta entonces; murió declarando que la única vida verdadera era aquella en que iba á entrar al instante (12). Habían cesado las rivalidades rencorosas y fué generalmente sentido. Hicieronse magníficas exequias, y la adulación de los paganos le colocó entre el número de los dioses (27 mayo 337), la gratitud de los griegos y de los cristianos le aclamó apóstol y santo; la justicia de la posteridad le cuenta entre los grandes monarcas, como un príncipe que comprendió su época, que en vez de retardar progresos ya maduros, á semejanza de los tenaces partidarios de lo pasado, los secundó y favoreció, poniéndose á la cabeza de la más insignie revolución mencionada en la historia.

(12) La discusión más reciente sobre el legendario bautismo de Constantino, se halla en la traducción que Arth. L. Forthingham hizo de la *Omelia* de Jacobo de Saruh. *Acc. de' Inetti*, 1881-82.

## CAPITULO IV

### ASUNTOS RELIGIOSOS

Después de Constantino adquirieron tal importancia los sucesos exteriores de la Iglesia, que sería imposible comprender la historia sin observarlos simultáneamente. En los primeros tiempos de cristianismo predomina el milagro; y si bien campea el poder del hombre en el sufrimiento, la resistencia y la victoria, es tan evidente por otro lado que la mano de Dios en las interrupciones del orden natural, que aquellos sucesos más bien deben venerarse que describirse. En su mayor parte, los primeros discípulos eran sencillos é incultos; y la fe era la base en que querían edificar el nuevo mundo, capaz de remover las montañas.

El primer siglo, fue, pues, más práctico que especulativo, más de acción que de palabra; la doctrina, perpetuada por la traducción oral y viva, concentrábase en pocas palabras graves y sencillas; y la fe estaba probada de un modo simple y eficaz cuando los testigos de la vida y resurrección de Cristo podían decir aún: «Nosotros lo hemos visto ó lo ha visto el que nos lo ha contado». La doctrina, pues, se reducía á decir: «¿Queréis la paz del alma y el verdadero bien? Pues creed». Si nacían disputas, las acallaba la voz de un discípulo; y la completa regeneración del hombre era una prueba sublime de la verdad, que se efectuaba por medio de virtudes desconocidas hasta entonces: paz, fraternidad, igualdad, beneficencia universal, constancia en los martirios, y el perdón magnánimo.

Aquella fe indómita ante los terrores y los halagos, aquella virtud sobrehumana debían producir su efecto, y el mundo se imbuía de un espíritu nuevo; así que la Iglesia poco antes casi sin esperanzas, se extendió triunfante y se preparó á reformar la sociedad, no cambiando el orden político, sino mejorando los hombres, imponiendo un nuevo sistema de creencias moral.

Cuando este emperador hubo dado la paz á la

Iglesia, se propagó por toda la cristiandad un santo alborozo. Vióse á los sacerdotes salir de la noche de las catacumbas, para celebrar á la faz del mundo los ritos de la nueva alianza. Entonces empezaron los obispos á solemnizar la memoria de los mártires, á consagrar iglesias edificadas á la luz del día; los hombres de letras á escribir panegíricos, y á revelar virtudes escondidas hasta entonces en la sombra. Reconociéndose entre sí los fieles en una dulce seguridad, se estrechaban con mútuos abrazos; y la cena de la conmemoración perpétua les afirmó en el sentimiento de la fraternidad en medio de himnos al Señor, que prometía el fin de las tempestades.

No quiso Constantino reducir á la desesperación á un partido numeroso, que ya no era temible, amenazándole con represalias; condujose, pues, con templanza (lo cual no es débil mérito en un innovador) en una lucha que no admitía transacciones, y que tenía por objeto asegurar el triunfo de un sistema. Al principio toleró al lado de la religión nueva el antiguo culto, arraigado en las costumbres y sostenido por tantos intereses (321); habiéndose declarado después abiertamente en favor de los cristianos, proscribió los juegos de los gladiadores, las fiestas escandalosas, el trabajo en los domingos. Más tarde cerró los templos, prohibió los sacrificios, derribó los ídolos, quitó á las vestales y á los sacerdotes paganos los privilegios que concedía á los obispos y al clero, á quienes daba además palacios y riquezas con la autorización de aceptar mandas. Impuso á los magistrados seculares la obligación de abandonar parte de su autoridad para aumentar la de los obispos, á cuyas decisiones atribuyó tanta fuerza como á las suyas propias. Levantóse la cruz sobre los edificios públicos, flotó el lábaro á la cabeza de los ejércitos: alzóse una capilla en el campamento, servida por sacerdotes á quienes llamaba